

William Gibson

LUZ VIRTUAL



Bienvenidos a NorCal y SurCal, 2005. La sociedad está dividida a lo largo de fallas sísmicas de riqueza y poder. En Tokio, una nueva ciudad se alza sobre las ruinas del Godzilla, el superterremoto. En Los Ángeles Berry Rydell sólo intenta ganarse la vida, tarea difícil para un ex policía, cuando conoce a Chevette Washington, una ciclista mensajera que acaba de tropezar con el cártel de Medellín. Rydell y Chevette pronto se encuentran en un viaje de éxtasis y terror en el corazón de la experiencia posmoderna.

A Gary Gaetano Bandiera, gran tipo, nuestro amigo

1

La luminosa carne de los gigantes

El mensajero apoya la frente en capas de vidrio, argón y plástico blindado. Observa el paso de una aeronave artillada que cruza la ciudad a media distancia como una avispa en vuelo de caza, la muerte cargada bajo el tórax en una cápsula lisa y negra.

Horas antes han caído unos misiles en un barrio del norte; setenta y tres muertos; la masacre no ha sido aún reivindicada. Aquí, los zigurats espejados de Lázaro Cárdenas ondean con la luminosa carne de los gigantes, desvían el aluvión de sueños de la noche hacia las avenidas que esperan: la rutina de siempre, un mundo sin fin.

Al otro lado de la ventana el aire pone en cada fuente de luz un tenue halo hepático, un aura amarilla que se disuelve imperceptiblemente en una translucidez marrón. Copos secos y delgados de la nieve fecal que sale de las alcantarillas se han alojado en la lente de la noche.

Cerrando los ojos, se concentra en el ruido de fondo del control climático. Se imagina ahora en Tokio, una habitación en un ala nueva del antiguo Imperial. Se ve en las calles de Chiyoda-ku, bajo los trenes suspirantes. Lámparas de papel rojo bordean una calle estrecha.

Abre los ojos.

Ciudad de México sigue ahí.

Ocho botellas vacías, miniaturas de plástico, han sido cuidadosamente colocadas a lo largo del borde de una mesa baja: vodka japonés, Come Back Salmon, de nombre más irritante que el gusto que dejaba en la boca.

En la pantalla que está encima de la consola lo esperan los *ptichka*, todos ellos colocados sobre un friso color crema. En cuanto toma el mando a distancia los pómulos altos y marcados de todos ellos se les tuercen detrás de los ojos. Los jóvenes, que entran invariablemente desde el fondo, llevan guantes negros de piel. Rostros eslavos que le recuerdan los fragmentos indeseados de una infancia: la peste de un canal negro, hierro contra hierro bajo un tren que se balancea, los techos altos y vetustos de un apartamento con vistas a un parque helado.

Veintiocho imágenes periféricas enmarcan a los rusos en sus emparejamientos más formales; ahora vislumbra fugazmente unas figuras transportadas desde la ennegrecida bodega de un ferry asiático.

Abre otra botellita.

Ahora los *ptichka*, cuyas cabezas se mueven en vaivén como máquinas bien lubricadas, se tragan a sus arrogantes y ensimismados novios. Los ángulos de la cámara recuerdan el ardor del cine industrial soviético.

La mirada se le desvía hacia el informe del tiempo de la NHK. Un frente de baja presión atraviesa Kansas. Junto a él, una transmisión islámica, de un inquietante sosiego, repite incesantemente el nombre de Dios en una caligrafía de base fractal.

Se bebe el vodka.

Mira la televisión.

Pasada la medianoche, en el cruce de Liverpool y Florencia, mira hacia la Zona Rosa desde el asiento trasero de un Lada blanco, mientras un respirador suizo nanopórico le roza ásperamente el mentón recién afeitado.

Todos los rostros que pasan están enmascarados, bocas y narices escondidas bajo filtros. Algunos, honrando el Día de Difuntos, se parecen a las mandíbulas jaspeadas de plata de las sonrientes calaveras de azúcar. Sea cual sea la forma que adopten, los fabricantes siempre hacen el mismo reclamo, dudoso y oblicuamente tranquilizador, sobre los viroides.

Se ha propuesto escapar a la monotonía, descubrir tal vez algo hermoso o de interés pasajero, pero aquí sólo hay rostros enmascarados, miedo, luces.

Un antiquísimo automóvil americano aparece casi arrastrándose por la esquina de la avenida Chapultepec, escupiendo intermitentes volutas de carbón por debajo de un destartado parachoques. Toda su superficie está cubierta por una polvorienta costra de resina color cola y espejos astillados; sólo el parabrisas, negro y lustroso, opaco como una burbuja de tinta, continúa expuesto, y le trae a la mente la cápsula letal del avión artillado. Siente que el miedo empieza a cobrar forma, un miedo sin fisuras, insensible, dotado de una convicción absoluta, alrededor de aquel fantasma de carnaval, el Cadillac, esa vieja reliquia vestida con una espectral túnica de mosaicos sucios y plateados. ¿Cómo es que se le permite arrojar tanta porquería sobre un aire ya imposible? ¿Quién viaja dentro, detrás del negro parabrisas?

Temblando, observa el paso del automóvil.

—Ese coche... —Se sorprende inclinado hacia adelante, dirigiéndose compulsivamente a la nuca morena del chofer cuyas orejas de enormes lóbulos le recuerdan un poco las reproducciones de vasijas que aparecen en el canal de telecompras del hotel.

—El coche —dice el chofer, que no lleva mascarilla, y que al darse vuelta parece que acaba de advertir la presencia del mensajero. El mensajero ve cómo el Cadillac espejado lanza un destello único y breve, alcanzado por el rubí del láser de un club nocturno, y desaparece.

Ordena al chofer que regrese al hotel.

Despierta de un sueño de voces metálicas bajo las abovedadas estancias de algún aeropuerto europeo, ve unas figuras lejanas celebrando unos silentes rituales de partida.

Oscuridad. El zumbido del control climático.

La textura de sábanas de algodón. El teléfono debajo de la almohada. Ruidos de tránsito ahogados por las ventanas inyectadas con gas. Han desaparecido la tensión y el pánico. Recuerda el bar. Música. Caras.

Advierte de pronto un equilibrio interior poco frecuente. Es la única paz que conoce.

Sí, ahí están las gafas, colocadas al lado del teléfono. Las saca del estuche y abre las patillas con un placer culpable que por alguna razón lo acompaña desde Praga.

Hace ya casi una década que la ama, aunque no lo piensa en esos términos. Lo cierto es que no ha comprado ningún otro programa y la montura de plástico negro ha empezado a perder brillo. La etiqueta del casete ya es ilegible, gastada por el roce de los dedos durante la noche. Tantas habitaciones como ésta.

Hace tiempo que la prefiere en silencio. Ha dejado de enchufar el envejecido cable de audio. Ha aprendido a poner su propio sonido: le susurra cosas mientras pasa en avance rápido los aburridos créditos y el paisaje montañoso, iluminado por la luna, de un lugar que no es Hollywood ni es Río, sino una aproximación digitalizada de ambos lugares.

Ella lo espera, como siempre, en la casa blanca de la carretera que bordea el cañón. Las velas. El vino. El vestido de lentejuelas de azabache contra la perfección mate de la blanquísima piel, lentejuelas negras, lisas y frías como el vientre de una serpiente que se le desliza sobre el muslo tenso.

Muy lejos, bajo sábanas de algodón, se le mueven las manos.

Más tarde, mientras se hunde en un sueño de distinta textura, el teléfono que está debajo de su almohada suena suavemente, una sola vez.

—¿Sí?

—Confirmada su reserva a San Francisco —dice alguien, mujer o máquina. Pulsa una tecla para grabar el número del vuelo, dice buenas noches y cierra los ojos a la tenue luz que se filtra por los oscuros bordes de las cortinas.

Lo envuelven los brazos blancos de la mujer, de un rubio eterno.

Se duerme.

2

Patrullando con Gunhead

IntenSecure hacía revisar sus vehículos cada tres turnos. Solían llevarlos a un gran túnel de lavado especializado al lado de Colby; veinte capas de sienna merífica frotadas a mano, y la chapa no se deterioraba.

Aquella noche de noviembre la República del Deseo puso fin a su carrera en la sección de respuesta armada. Berry Rydell había llegado un poco temprano al lugar.

Le gustaba cómo olía por dentro. Para quitar el polvo de la carretera usaban un producto rosado que vertían en el depósito del lavador, y el olor le recordaba un trabajo veraniego que había tenido en Knoxville en el último año de estudios. Habían estado construyendo viviendas en el interior de un viejo Safeway, en Jefferson Davis. Los arquitectos querían las paredes de hormigón en cierto modo desnudas, casi totalmente grises pero con algunos asomos de la pintura rosada que quedaba en las grietas y las hendiduras. Eran de Memphis y vestían trajes negros y camisas blancas de algodón. Resultaba evidente que las camisas eran más caras que los trajes, o que al menos costaban lo mismo, y las llevaban abotonadas hasta el cuello, aunque nunca usaban corbata. Rydell suponía que así se vestían los arquitectos; ahora que vivía en Los Ángeles sabía que eso era cierto. Una vez había oído a uno de ellos decirle a un capataz que lo que estaban haciendo era *exponer la integridad del*

material en su paso por el tiempo. Le pareció que eso debía de ser una sandez, pero le gustó como sonaba; era como lo que les pasaba a los viejos en la televisión.

Pero en realidad de lo que se trataba era de quitar la mayor parte de aquella asquerosa pintura vieja de miles y miles de metros cuadrados de un bloque de hormigón igualmente asqueroso, y eso se hacía con un aerosol de aplicador oscilante instalado en el extremo de un largo tubo de acero. Si a uno le parecía que el capataz no estaba mirando, podía apuntar con el tubo a otro de los chicos y rociarlo con una cola de gallo de diez metros de largo: un chorro iridiscente y urticario que, de paso, le quitaba toda la pantalla solar que se hubiera puesto. Pero había que hacerlo desde la distancia adecuada, pues de muy cerca aquella cosa era capaz de quitarle el cromo a un parachoques. A Rydell y a Buddy Grigger los despidieron por eso. Salieron del Jeff Davis para meterse en la cervecería de enfrente, y Rydell acabó pasando la noche con una chica de Cayo Hueso: era la primera vez que dormía con una mujer.

Ahora estaba en Los Ángeles, conduciendo un Hotspur Hussar de seis ruedas con veinte capas de cera frotada a mano. El Hussar era un Land Rover blindado que podía alcanzar los doscientos veinte kilómetros en una recta del camino, si había tiempo suficiente para acelerar. Decía Hernández, su supervisor, que no podía esperarse de un inglés que construyese algo más grande que un sombrero, en todo caso algo que funcionara cuando fuese necesario; decía que IntenSecure tendría que haber comprado algo de Israel o de Brasil y que, al fin y al cabo, ¿de qué podía servir un tanque diseñado por Ralph Lauren?

Rydell no entendía de eso, pero el asunto de la cera significaba llevar las cosas demasiado lejos. Tal vez, pensó, querían que la gente lo asociara con esos grandes camiones marrones de la United Parcel, y al mismo tiempo quizá esperaban que se pareciera a esas cosas que se ven en las

iglesias episcopales. Sin muchos dorados en el logo: algo discreto.

Los que trabajaban en el túnel de lavado eran en su mayoría inmigrantes mongoles, recién llegados, que no habían podido encontrar mejor empleo. Cantaban unas cosas rarísimas mientras trabajaban, y a Rydell le gustaba escucharlos. No entendía cómo lo hacían; sonaban como ranas arbóreas, pero emitían dos sonidos a la vez.

Ahora se dedicaban a pulir las filas de protuberancias cromadas que había a los lados. Estaban pensadas para sostener rejas electrificadas antidisturbios, y el cromado sólo cumplía funciones estéticas. Los carros antidisturbios de Knoxville también estaban electrificados, pero contaban con un sistema de goteo que los mantenía *mojados*, lo cual era mucho más peligroso.

—Firma aquí —le dijo el jefe de la cuadrilla, un chico negro muy tranquilo llamado Anderson. De día estudiaba medicina y siempre daba la impresión de haber pasado las dos últimas noches en vela.

Rydell agarró el aparato y el lápiz óptico y estampó su firma en la placa. Anderson le dio las llaves.

—A ver si descansas —dijo Rydell. Anderson sonrió con desgano. Rydell desactivó la alarma de la puerta y caminó hasta el Gunhead.

Alguien había escrito aquello de «GUNHEAD» con un rotulador verde en el tablero que había dentro, encima del parabrisas. De ahí le había quedado el nombre, pero sobre todo porque a Sublett le gustaba. Sublett, un refugiado de Texas, había salido de una extraña videosecta instalada en un camping para caravanas. Decía que su madre había estado haciendo todo lo necesario para entregar el trasero de él a la iglesia, aunque Sublett no entendía lo que ella quería decir.

Sublett no se moría de ganas de hablar del tema, pero Rydell había llegado a entender que aquella gente creía que el vídeo era el medio de comunicación preferido por

Dios, y que la pantalla en sí era una especie de zarza ardiente perpetua. «Él está en los detalles», había dicho Sublett en una ocasión. «Tienes que estar muy atento si lo quieres ver.» Fuera cual fuese la forma en que se lo adoraba, era evidente que Sublett había absorbido más televisión que cualquier otra persona que Rydell hubiese conocido, sobre todo películas antiguas en canales que no daban otra cosa. Sublett decía que Gunhead era el nombre de un tanque robot en una película japonesa de monstruos. Hernández pensaba que era el mismo Sublett quien había escrito ese nombre allí. Sublett lo negaba. Hernández le decía que lo quitase. Sublett no le hacía caso. Allí seguía, y Rydell sabía que Sublett era demasiado respetuoso de la ley para cometer actos de vandalismo, y además la tinta del rotulador podría haberlo matado.

Sublett sufría unas alergias terribles. Había entrado en shock a causa de diversos tipos de detergentes y disolventes, y por eso no había forma de hacerlo ir al túnel de lavado, nunca. Por si fuera poco, las alergias lo habían hecho hipersensible a la luz, así que tenía que llevar lentes de contacto espejados. Con el uniforme negro de IntenSecure y el pelo seco y rubio, las lentillas le daban un aspecto de robot nazi. Eso podía llegar a complicarle la vida en más de una tienda de Sunset, a las tres de la mañana, por ejemplo, aunque lo único que anduviese buscando fuese agua mineral o una Coca Cola. Sin embargo, a Rydell le agradaba tenerlo de compañero de turno, porque era el poli privado más pacifista que se podía encontrar. Y a lo mejor ni siquiera estaba loco. Dos características que para Rydell eran cualidades determinantes. Como a Hernández le gustaba señalar, SurCal disponía de reglamentos más estrictos para decidir quién podía ser peluquero y quién no.

Al igual que Rydell, muchos de los de respuesta armada de IntenSecure habían sido oficiales de policía de algún tipo, algunos incluso provenían del Departamento de Policía de Los Ángeles, y si las reglas de la empresa que prohibían

portar armas personales significaban algo, era costumbre que sus colegas aparecieran con la más variada ferretería. Las puertas por donde entraba el personal estaban equipadas con detectores de metales, y Hernández tenía un cajón lleno de navajas automáticas, pistolas aturdidoras, manoplas, cuchillos y cualquier otra cosa encontrada por los detectores. Como en la mañana de los viernes en algunos colegios de Miami Sur. Hernández lo devolvía todo una vez terminado el turno, pero cuando salían de servicio tenían que arreglárselas con los Glocks y los tacos.

Los Glocks eran armas convencionales de la policía, de por lo menos veinte años de antigüedad, que IntenSecure compraba por lotes a las policías que podían permitirse pasar a munición sin cartucho. Si se respetaba el reglamento, había que mantener el Glock guardado en su funda de plástico y dejar las fundas sujetas con velcro al tablero central de la furgoneta. Cuando se respondía a una llamada, se despegaba la pistola enfundada del tablero y se pegaba al parche correspondiente en el uniforme. Ésa era la única ocasión en que se podía estar fuera de la furgoneta con un arma encima, cuando se entraba realmente en *respuesta*.

Los tacos ni siquiera eran armas, al menos legalmente, pero una descarga de diez segundos a poca distancia le desfiguraba la cara a cualquiera. Eran dispositivos antidisturbios de fabricación israelí, que utilizaban aire comprimido y disparaban cubos de caucho reciclado de una pulgada. Parecían el resultado de una unión forzada entre un rifle de asalto y una grapadora industrial, salvo por la carcasa de plástico amarillo chillón. Cuando se apretaba el gatillo, los tacos salían en una fila compacta. Si eras lo bastante hábil, podías hacer tiros de esquina: bastaba con hacerlos rebotar en la superficie adecuada. Disparados de cerca, podían cortar en dos una plancha de aglomerado, a condición de mantener apretado el gatillo, y a menos de treinta metros producían heridas importantes. La teoría decía que uno no solía toparse con muchos asaltantes armados, y un taco te-

nía muchas menos probabilidades de hacerle daño al cliente o a su propiedad. Si te encontrabas con un asaltante armado, tenías el Glock. Aunque podía ocurrir que el asaltante llevase balas sin cartucho cargadas en una recámara flotante, pero eso no estaba en la teoría. Tampoco estaba en la teoría que los asaltantes armados de verdad solían ir ciegos de *dancer*, y que eso los hacía inhumanamente rápidos y clínicamente psicóticos.

En Knoxville se había consumido mucho *dancer*, y eso le había valido la suspensión a Rydell. Rydell se había infiltrado en un apartamento donde un maquinista llamado Kenneth Turvey mantenía secuestrados a su novia y dos niños pequeños y exigía hablar con la presidenta. Turvey era blanco, muy delgado, hacía un mes que no se bañaba y llevaba la Última Cena tatuada en el pecho. Era un tatuaje muy reciente: ni siquiera había cicatrizado del todo. A través de una película de sangre que aún se estaba secando, Rydell alcanzó a ver que Jesucristo no tenía cara. Tampoco la tenían los apóstoles.

—Maldita sea —dijo Turvey al ver a Rydell—. Sólo quiero hablar con la presidenta. —Estaba sentado de piernas cruzadas, desnudo, en la cama de su novia. Tenía un tubo apoyado en el regazo, completamente forrado en cinta adhesiva.

—Estamos tratando de ponerte en contacto con ella —dijo Rydell—. Lamentamos que tarde tanto, pero es que hay que pasar por una serie de canales.

—Maldita sea —dijo Turvey, agotado—, ¿no hay nadie que entienda que estoy cumpliendo una misión divina? —No parecía particularmente enojado, sólo cansado y harto. Rydell alcanzaba a ver a la novia por la puerta abierta del único dormitorio del piso. Estaba echada boca arriba, en el suelo, y parecía tener una pierna rota. No podía verle la cara. Estaba completamente inmóvil. ¿Dónde andaban los niños?

—¿Qué es eso que tienes ahí? —preguntó Rydell, apuntando al objeto que Turvey tenía apoyado en las piernas.

—Es un arma —dijo Turvey—, y es por eso que tengo que hablar con la presidenta.

—Nunca había visto un arma como ésa —reconoció Rydell—. ¿Qué dispara?

—Latas de pomelo —dijo Turvey—. Llenas de cemento.

—¿En serio?

—Mira —dijo Turvey, y se llevó el tubo al hombro. Tenía una especie de recámara de manufactura muy compleja, un gatillo que parecía parte de un alicate de presión, y un par de tubos flexibles. Estos últimos llegaban, según vio Rydell, hasta una bombona grande de gas, de las que se llevan con carretilla, apoyada en el suelo junto a la cama.

Allí, de rodillas en la polvorienta moqueta de poliéster de la chica, vio cómo se levantaba el morro de aquella cosa, un arma suficientemente grande como para dejarte fuera de combate. Vio cómo Turvey apuntaba hacia el armario, por la puerta abierta.

—Turvey —se oyó decir—, ¿dónde están los chicos?

Turvey apretó el mango del alicate y abrió en la puerta del armario un agujero del tamaño de una lata de zumo de fruta. Allí estaban los chicos. Seguramente gritaron, aunque Rydell no recordaba haberlos oído. Después, su abogado argumentaría que en ese momento Rydell no sólo estaba sordo, sino también en estado de catalepsia inducida sónicamente. El invento de Turvey producía pocos decibelios menos que una granada de los SWAT^[*]. Pero Rydell no conseguía recordar. Tampoco recordaba haber disparado a Kenneth Turvey en la cabeza. Sus recuerdos empezaban en el momento en que había despertado en el hospital. Había allí una mujer de *Polis en problemas*, que había sido el programa favorito del padre de Rydell, pero aquella mujer le dijo que no podría hablar con él mientras no se hubiese comunicado con su agente. Rydell le dijo que no tenía agen-